

Los Viernes

Emprender una caminata por el monte es como abrir las páginas de un libro, en el que adoptas el papel protagonista, con todos sus riesgos, vivencias y aventuras. El prólogo son los preparativos y las ilusiones que genera el proyecto a priori. Con el regreso se cierra el relato en sí, pero se abre el epílogo, pues el recuerdo de lo vivido alimentará, como un eco, mi memoria. Es verdad que un buen libro me proporciona un maravilloso vuelo de un viaje, de una aventura, pero nunca la aventura y las vivencias que suscita una ruta montañera en vivo y en directo.

Madrugamos. Mochila repleta. Ropa de abrigo.

Allí, en la parte baja de la aldea semiabandonada, se encuentra el camino que sale, en pendiente, entre una casa de piedra y otra semiderruida. Mi nariz, blancuzca, se vuelve roja con ese viento del Norte que curte. Respiro hondo y aprecio una amalgama de olores casi olvidados. Nunca dejará de sorprenderme el poderoso poder evocador de un simple olor. Aromas que, a saber por qué, quedaron grabados indeleblemente asociados, para siempre, a un momento preciso.

Pronto dejamos atrás un arroyo cantarín que baja ufano. Admiro las hojas secas flotando, que se dejan llevar, pensando que sin ellas, desnudos los árboles, descarnados, avergonzados, se les vería el esqueleto, y es que quieren dejar de ser prisioneras de las ramas y ser libres por su cuenta, en este otoño que dibuja de ocres el lienzo del bosque, en el que la hojarasca nos tiende una alfombra que cruje mullida sobre el suelo. Entramos en los dominios de los reyes del silencio y la penumbra. Cruzamos algunos pequeños e inseguros puentes de madera, que atraen mi atención. Oigo el rugir del agua al caer y, poco a poco, veo entre los árboles y a lo lejos la majestuosa cascada, que aparece como si nada a través del tupido bosque.

Por momentos, en lo más umbrío del arbolado, me quedo sin palabras. Silencioso a la vista de un ejército de soldados quietos. Respetuoso delante de un sanedrín de leñosos ancianos venerables. Y la escasa luz filtrada entre las ramas me trasporta al reino de los cuentos infantiles. Con el otoño cambian los colores y las formas. Los colores los pinta el árbol y las formas las moldea el aire. Pintor y escultor se ponen de acuerdo hoy.

Un poco más arriba, ya solo, me refugio en la atrayente cascada rodeada de hayas, robles y foresta diversa que observan el sendero que nos dirige, en suave pendiente, a un rincón perdido. Me envuelvo en un halo de misterio, magia y belleza cautivadora. Ese paisaje con el toque verde y multicolor de los bosques animados, esas sempiternas graderías, el amplio panorama de la Cordillera Cantábrica con los Picos de Europa.

Un trago. Un descanso para respirar y relajar. El gorro mejor que la gorra.

Ahora el camino es ancho, pero se inclina claramente. Las continuas curvas disimulan la dureza del recorrido y buscan acercarnos a la base del *picu ansiáu*. Ellos, los cincuentones, van delante. Llevan otro ritmo. Yo racaneo de vez en cuando, mis pulsaciones no me permiten otra cosa. Me parecen inalcanzables. Mi teórica soledad no me desalienta. Y entre la niebla, que va y viene, aparece tímidamente el disco del sol, al que ahora es posible mirar a la cara.

Después de buscar un buen encuadre para una y mil fotos, prosigo y me adentro otra vez en una zona semiboscosa. Un manantial de pensamientos inunda mi mente, que vuelve a saborear el rumor de otro arroyo y de un paisaje semidesnudo y silente. Los amarillos y dorados, los rojos y ocres dibujan un óleo extraordinario, de pintor anónimo, sin duda sobrenatural. Sigo el manto tupido del camino: Hojas con sonido pleno de sentido y vacío de significado, que hacen pensar al pensamiento y que se abren paso

entre pequeñas cascadas de ramas desnudas, produciendo ritmos y notas musicales que no son más que fugaces espejismos. Y el sol va levantando poco a poco, como corresponde al caminar de un viejo, rompiendo nieblas.

Me apoyo en la barandilla del viejo puente. Contemplo la crecida del riachuelo.

Hundo la mirada en sus profundidades y siento un incipiente espíritu que me empuja a amar la naturaleza, la aventura, los ríos y sus rumores, los puentes de piedra, los montes. Me agrada la tibia suavidad del aire, los perfumes de las flores silvestres, la armonía de colores, el susurro del ramaje, el rumor del silencio... las vistas panorámicas.

Continuo. Subida escarpada que inicio sin prisa, volviéndome cada poco para admirar el paisaje y hacer alguna foto más. Disculpas para otro receso. Ahora el sol lo permite, quizás a la vuelta no sea posible. O la vuelta sea por otros senderos que nos pierdan. La tierra parece virgen, sin más señales humanas que aquellas que marcan la ruta, pintadas de rojo y blanco sobre piedras y árboles.

Cuando la cuesta se hace imposible, miro al cielo. Busco de nuevo el Norte, quizás porque el viento que viene de allí remoja mis ilusiones de viejo montañero; aviva el fuego en mi alma y da vida a mis sueños. Puede que por eso mis ojos, marrones en la niebla, que reaparece, se vuelven verde esmeralda cuando los rayos del sol asoman en el camino. Con ellos veo mil colores que me dan alas para continuar. Observo que, en los claros de la arboleda, hay un tapiz de nieve, y donde le da el sol, la alfombra centellea. Pruebo enfoques, hasta que creo haber logrado un encuadre. En ese momento la cámara se niega: "batería agotada".

Otra breve parada. Último tramo del ascenso. El más jodido.

Buen lugar para echar otro trago. Y fotografiar, ahora con el móvil, la espalda de los compañeros, que parecen ansiosos por llegar a la cima. Contemplo las maravillosas sorpresas que la naturaleza me sigue regalando antes de reanudar un camino *pruno*. Encuentro charcos de nieve endurecida, *carámbanos* relucientes, y las laderas del *picu* se tiñen de ese blanco madrugador que tanto me hace soñar. Las piedras se vuelven resbaladizas. Avanzo con cautela, no vaya a ser que rompa la cabeza por estos desniveles y no pueda llegar a los cien en buenas condiciones...

Cerca de la cima, me vuelvo para admirar esa casi infinita llanura, que llega despacio hasta el mar. Mi bienestar aquí es contemplar la vastedad de un paisaje de ensueño; sentir el silencio que rompe el viento y la propia respiración; o el hormigueo del cansancio; o la pureza del aire que infla los pulmones y purifica mi alma de pecador; o esa ilusión de inmortalidad que siento al estar rodeado de catedrales de piedra inalterables.

Los compañeros "*jóvenes*" del *vienres* están al alcance de la mano, quizás esperando por el viejo, por el rezagado. La soledad me hace resistente y comienzo el tramo final con ilusión. Después de unas cuantas trepadas, sin mirar hacia atrás, llego a la cumbre, coronada por una mísera piedra que llaman vértice geodésico. Me apoyo en él, desfallecido.

Resoplo. Ajusto mis guantes. Maldigo: ¿A quién maté yo? Azoto la mochila.

La niebla se ha disipado y la vista es completa. Al fondo del valle hay una masa de algodón, encendida también por la luz, y pierdo mi vista en las crestas de la montaña, que serpentean hacia las cumbres más altas totalmente nevadas. No puedo contener un susurro, un secreto que me cuento a mi mismo: "Espero que no sea el último día de mis montañas". Me abrigo. No me acordaba de ese frío antiguo que sube por la espalda, debajo de la ropa, que se trasmite de la tierra y la piedra heladas a las plantas de los pies.

Increíblemente aún puedo reflexionar a dos mil metros de altitud. Coronar una montaña es todo un triunfo para mí, comparado con los escasos logros cotidianos. Y aunque no llego a sentirme un héroe, sino un humilde vencedor, aquí arriba, tan cerca del cielo y tan lejos del mundo civilizado, sí que aprecio que las cosas no me van tan mal como a veces me parece. Soy, más que nunca, consciente de que estoy vivo. Y esa constatación, en ese momento, es lo más. Es donde más soy yo. A esa altitud manda el corazón, no el cerebro; y le dejo hablar sin rigidez, sin control, y me emociona. Conecto con mi ser, vivo la magia de la vida sin la lógica de la vida. Aquí, desde las alturas, mi corazón ve la esencia de la vida, invisible a los ojos. Aquí me sensibilizo, me equilibrio, me simplifico, me impregno de vida.

Descanso merecido. Hora del bocata. El café. El chupito.

Al abrir la atiborrada mochila me percató que hoy he dejado sitio para todo eso que me ha afligido durante la semana: los currículos falsos y los masters con misterio; la corrupción, la prevaricación y el blanqueo; la malversación y los políticos incompetentes; los repudiados refugiados; los desahucios; la tele basura; los noticieros repletos de violencia: violencia de género, acoso escolar, cayucos que naufragan, accidentes, enfermedades, suicidios, padres que matan hijos, hijos que maltratan a padres y maestros. Momento en el que, mochila en alto, dejo escapar todo eso que me apabulla, mientras devoro el bocata y siento una sensación de felicidad indescriptible... ¿Reforzada por el regusto del café y el orujo?

Iniciamos el siempre difícil descenso. Reagrupados los cuatro, tenemos tiempo para procesar todo lo vivido en el ascenso, haciendo un resumen involuntario, relamiendo las bondades del día. Desciendo relajado y satisfecho. Noto poco peso en la mochila; ha quedado casi vacía. ¿Será que funcionó mi estrategia? Ya sólo me queda la preocupación de las garrapatas que nos rodean y persiguen allá donde vayamos. ¡Es una pena!

Cada *vienes*, al regresar, estoy más convencido de que necesito los silencios del monte. Ellos y el esfuerzo de la caminata me transforman el ánimo, educan mis valores, y mejoran mis funciones cognitivas. Me enseñan a sintonizar con la naturaleza, y ello me saca de la burbuja del ego. Conecto con el entorno. Ayuda a mi cerebro. Contribuye a descubrir mi potencial. Es mi anti-estrés natural, mi relajación. Mi cerebro necesita descansar de un mundo demasiado ruidoso, al menos una vez por semana. Mi pasión por el silencio nació aquí, en nuestros montes, donde es hondo y frágil, que surge de la tierra, de lo sencillo y lo necesario, y que tiene una intimidad de cuna. El imprescindible silencio, que preciso para escucharme, para saber más de mí.

Infinidad de miradas.

Infinidad de sensaciones.

Infinidad de limitaciones.

Cerca ya del coche, la niebla se echa encima otra vez y disuelve las formas.

El próximo *vienes* será otro día.

Xingadieya